



Buscando una Conciencia Corregible

«Aquí estoy, . . . Pero ¿podrías revisar mi exégesis?»

John L. Thompson

Seminario Teológico Fuller

SI LAS COSAS HUBIERAN IDO DE OTRA MANERA para Lutero en la Dieta de Worms donde fue juzgado por representantes del Papa León x y el Emperador Carlos V—estas podrían haber sido sus famosas últimas palabras:

«No puedo hacer otra cosa; aquí estoy. Que Dios me ayude. Amén.»

Últimas palabras, porque la vida de Lutero dependía de la promesa de un salvoconducto a la Dieta y viceversa. El problemático Lutero ya había hecho muchos enemigos y de camino a casa sus amigos fueron lo suficientemente astutos como para secuestrarlo y llevarlo a esconderse.

Esa historia es bien conocida, y este año, 2017, el 500 aniversario de las 95 Tesis de Lutero y lo que es considerado como el comienzo de la Reforma Protestante—las palabras y hechos famosos de Lutero seguramente serán contados una y otra vez, si nos dejamos llevar por los anteriores aniversarios de Lutero en 1917 y 1817. Sin embargo, al menos tres cosas acerca de la declamación dramática de Lutero son menos conocidas. En primer lugar, Lutero puede que nunca haya dicho la frase «Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa». Tal vez debería haberlo hecho, pero las mejores fuentes dejan fuera estas palabras.¹ En segundo lugar, esta declaración es a menudo arrancada de su contexto como una garantía para cualquier desafío a la autoridad o torcida en una extraña defensa moderna de la libertad autónoma del individuo.² Estas lecturas son demasiado comunes y pierden la elaboración cuidadosa de las dos frases que salieron de Lutero antes:

A menos que yo sea convencido por el testimonio de las Escrituras o por un motivo claro (porque yo no confío ni en el Papa ni en los consejos únicamente,

1. El problema textual de «Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa» se trata de manera superficial por los editores en “Luther at the Diet of Worms,” *Luther’s Works*, American Edition, vol. 32: *Career of the Reformer II*, ed. J. J. Pelikan, H. C. Oswald, and H. T. Lehmann (Philadelphia: Fortress, 1960), 112–13; esta edición es citada de aquí en adelante como LW. Ver también Martin Brecht, *Martin Luther*, trans. James L. Schaaf, 3 vols. (Philadelphia: Fortress, 1985–93), 1:460.
2. Tendencias de usar a Lutero para apoyar agendas modernizadas abundan, pero aquí hay dos ejemplos recientemente señalados por Zachary Purvis, “Martin Luther in 19th-Century Theology,” en *Oxford Research Encyclopedias: Religion* (DOI: 10.1093/acrefore/9780199340378.013.314). El primero es de Gotthold Lessing (1729 -1781), escritura en contra de J. M. Goeze (1717-1786): «El verdadero Luterano no se refugia en los escritos de Lutero, sino en el espíritu de Lutero; y el espíritu de Lutero requiere en absoluto que ningún hombre pueda ser impedido de avanzar en el conocimiento de la verdad de acuerdo a su propio juicio.» La segunda es de Emmanuel Greenwald (1811-1885), un pastor luterano en Lancaster, Pensilvania: «Si no hubiera habido Lutero en Alemania, no habría habido ningún [George] Washington en América. Por la bendición inestimable de nuestra libertad civil y las instituciones libres, damos gracias a Dios por Lutero.»

ya que es bien sabido que a menudo han errado y se han contradicho a sí mismos), yo estoy regido por las Escrituras que he citado y mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo y yo no retractaré nada, ya que no es ni seguro ni correcto ir contra la conciencia. . . . Que Dios me ayude. Amén.³

La declaración de Lutero no se pretende, por tanto, como una defensa de su conciencia en sí misma, y mucho menos una afirmación audaz en nombre de la libertad terrenal o individualismo. Por el contrario, Lutero estaba defendiendo la absoluta prioridad de la Palabra de Dios no sólo como una guía para lo que Lutero enseñó y escribió, sino también, ante todo, como el único camino posible para saber que él, Lutero, siendo declaradamente un pecador, era amado y salvo por Dios. La declaración de Lutero a sus examinadores no fue para disputar sobre su conciencia, sino simplemente para reconocer la autoridad preeminente de la Palabra clara de Dios, a la que ahora la conciencia tranquila de Lutero era más que una simple testigo.

Por supuesto, la petición de Lutero se mantiene o cae si la Palabra de Dios es, de hecho, clara, un punto que no se les escapaba a los presentes en Worms que temían que todos los/as cristianos/as se convertirían en sus propios/as intérpretes. El catolicismo medieval sabía cómo evitar tal caos. Interpretaciones divergentes de las Escrituras debían ser resueltas por la autoridad magisterial de la Iglesia, el llamado *magisterium*. Y esto nos lleva a un tercer hecho poco conocido acerca de la Dieta de Worms: Lutero no tuvo la última palabra.

A medida que el interrogatorio se terminaba, se reportó que el secretario que presidía le increpó en cierta frustración, «¡Deja a un lado tu conciencia, Martín! Debes dejarla a un lado, ya que está en un error y será más seguro y adecuado para ti que te retractes.»⁴ En otras palabras, los remordimientos de conciencia de Lutero eran irrelevantes, ya que se basaban en la autoridad equivocada, en la noción de Lutero de lo que dice la palabra de Dios, en lugar de la autoridad más segura de la iglesia. Esta fue una exhortación perfectamente apropiada. De hecho, en su contexto, era pastoral, e incluso compasiva, porque el secretario que presidía se preocupaba por la seguridad del alma de Lutero y el secretario era muy consciente de que la conciencia puede causar graves errores.

UN BREVE VISTAZO a nuestra historia Presbiteriana reciente o nuestro propio Libro de Orden (F-3.0101) demostrará de forma rápida que creemos que la conciencia es muy importante: «Sólo Dios es Señor de la conciencia» es uno de nuestros principios fundamentales que se remontan a 1788. Es un gran eslogan. Se invoca de manera regular. Pero, ¿qué significa? Para el resto de este ensayo, vamos a tratar de mirar más de cerca nuestras conciencias dadas por Dios y ver, tal vez, lo que se supone que deben hacer.

Una buena parte de la manera de pensar cristiana tradicional sobre la conciencia deriva de lo que Pablo dice en un puñado de pasajes importantes. Pero Romanos 2,14-16 puede ser el arquetipo:

Cuando los gentiles que no tienen la Ley hacen por naturaleza lo que es de la Ley, estos, aunque no tengan la Ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la Ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos en el día en que Dios juzgará por medio de Jesucristo los secretos [a toda persona], conforme a mi evangelio.⁵

3. LW naturales 32: 112 - 113.

4. Ver el texto original traducido en "Luther at the Diet of Worms," LW 32: 130 (con ortografía revisada).

5. Versión Reina Valera 1995 (RV95) con mis traducciones más contemporáneas en corchetes.

Difícilmente se puede perder que lo que la ley escrita pedía del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, de alguna manera esos comandos también se encontraban entre los Gentiles—dentro de ellos por naturaleza, impreso en sus corazones, y atestiguada por pensamientos contradictorios, todos los cuales son ingredientes en la definición de conciencia Paulina. Romanos 2 juega un papel muy importante en las doctrinas cristianas de la ley natura—la idea de que lo que Dios revela y manda en la Biblia también se pueden leer en el llamado «libro de la naturaleza.» Tanto Lutero y Calvino abrazaron un punto tradicional de teología cristiana, que cada uno de los mandamientos que Dios se reveló en el Decálogo también se atestigua a toda conciencia humana por la ley de la naturaleza. Así, todo el mundo sabe que el robo y el adulterio y la mentira están mal. Todo el mundo sabe que los padres y madres deben ser honrados. De hecho, en el fondo de su corazón, todas las personas saben que hay un Creador divino que merece agradecimiento y lealtad. Pero, como todos hemos experimentado, saber esos mandamientos no significa obedecerlos.

Los teólogos medievales añadieron cierta precisión útil para el caso Paulino sobre la conciencia como el canal de la ley natural. Ellos distinguen dos partes de la conciencia. La parte superior se llama la *sindéresis*, una palabra que designa nuestro conocimiento innato de los principios generales o teóricos del bien y el mal. (Esta es la razón por la que Pablo puede decir la ley de Dios está escrita en los corazones de todos/as: Porque todo el mundo sabe en al menos un modo general que el bien es para ser perseguido y el mal ha de ser rechazado.)

La conciencia adecuada, por el contrario, es una facultad práctica. La conciencia toma su impulso de la *sindéresis*, esta general orientación a hacer lo que es correcto y evitar lo que es incorrecto. La conciencia traduce esos principios en juicios y acciones morales concretas. Al mismo tiempo, la conciencia también está ligada a nuestras emociones y nuestra percepción de la culpa y la vergüenza. Pues, aunque estamos predeterminados a amar el bien, la verdad y la belleza, a veces nos encontramos amando los bienes inferiores, medias verdades y cosas hermosas que no están destinados para nosotros/as. Una conciencia bien ordenada llamará la atención sobre nuestros errores y nos hace sentir incómodos.

Los medievales tenían una frase establecida aquí: decían que era el trabajo de la conciencia «murmurar una respuesta al pecado». Podríamos decirlo de esta manera: Una conciencia bien ordenada es una voz que nos advierte cuando el pecado parece cerca y por lo tanto nos ayuda a resistirlo.

Posiblemente la parte más interesante de la discusión medieval de conciencia se dirigió a la distinción entre la *sindéresis* y la conciencia. La *sindéresis*—nuestra disposición innata hacia el bien—siempre nos impulsa hacia hacer el bien. Pero la *sindéresis* es también muy general en cuanto a lo que sabe. La conciencia, por el contrario, traduce esos buenos impulsos en acción. La conciencia tiene que ver con detalles, circunstancias y aplicaciones prácticas.

Pero la conciencia puede fallar en un número de maneras: puede tropezar (1) por un razonamiento defectuoso, (2) por una voluntad que es impulsiva o débil, o (3) por otras afecciones o deseos en competencia. De estas tres, es la primera manera—el caso de la mal informada o errónea conciencia—la que es fácilmente la más interesante.⁶ ¿Qué pasa cuando la conciencia es sincera en sus juicios, pero con la misma seguridad sinceramente equivocada?

Supongamos que una persona cree erróneamente que una determinada acción es moralmente vinculante, ya que ha sido encomendada por Dios. ¿Sería entonces pecado si la persona fallara en

6. El caso de la conciencia errónea se discute con referencia especial a Buenaventura y Aquino, incluyendo textos originales, por Timothy C. Potts, *Conscience in Medieval Philosophy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1980), 118–120 and 128–130.

llevar a cabo esa acción, ese acto de obediencia desatinada y mal dirigida? Pues sí. Los teólogos medievales normalmente argumentaron que incluso una conciencia errónea es atada a las acciones de la persona equivocada. Es un error hacer el mal. Pero también está mal violar la conciencia propia, incluso si esa conciencia está equivocada, porque la intención de uno es mala, incluso si la sustancia de la acción no es en sí misma mala.

No era un capricho de la teología medieval tardía, entonces, si Lutero fue exhortado a poner su conciencia a un lado durante la Dieta de Worms—era más bien un instinto razonable. La conciencia es un regalo increíble de Dios, y por lo general no debe ser ignorada. Pero las conciencias pueden errar. Como sabían los medievales y reformadores, éstas pueden ser engañadas por un razonamiento defectuoso, por la influencia deformadora de la presión de grupo, o por de los deseos o incluso adicciones fuera de control. Pueden, en las palabras de Pablo en 1 Timoteo 4,1-2 (NVI), convertirse en “cauterizadas”—traumatizadas de tan mal forma por ser sesgadas o silenciadas en repetidas ocasiones que están totalmente extintas.

Las conciencias también pueden tener escrúpulos—una palabra antigua ingeniosa que los antiguos escritores latinos usaban para referirse a una piedrita, presumiblemente en una sandalia o zapato de uno, que causa malestar. Como consecuencia, cojeamos; sin embargo, en el caso de una piedrita literal, sin duda trabajaríamos para sacarla fuera de nuestro zapato. En otras palabras, los escrúpulos se refieren a las preocupaciones sobre las que la conciencia es débil, pero (idealmente) sólo temporalmente débiles. Pero ya sea que la conciencia sea sana, sedada, tímida, o débil, la conciencia es a lo mejor una autoridad secundaria. A menudo decimos (bueno, al menos mi madre solía decir), «Deja que tu conciencia sea tu guía.» Pero eso sólo funciona si la conciencia tiene una guía.

Pasé muchos veranos con el Servicio de Parques Nacionales como guarda en zona rural, antes, en la era pre-GPS. Un mapa y una brújula eran mis constantes compañeros. Tenía una gran brújula—no sólo era de líquido, con un espejo de observación, también tenía un tornillo de declinación que me permitía ajustar la brújula para que coincidiera con el norte geográfico donde quiera que estuviese, a menudo corrigiendo la lectura magnética por diez o veinte grados. (Algún día en un camino, la batería de su teléfono inteligente va a morir y se alegrará de saber esto.) Si el mapa muestra el norte verdadero, pero su brújula—su conciencia—le conduce hacia el norte magnético, bueno, puede que tome elecciones equivocadas e incluso pierda su camino. La lección: si la conciencia está mal dirigida o mal alineada, ya no es fiable. ¡Necesita ser corregida, o dejada a un lado, si de alguna manera hemos conseguido reconocer nuestro error!

No hacemos esto bien. Nosotros no manejamos o calibramos nuestras conciencias bien, si es que tendemos a prestarle alguna atención en absoluto. Más a menudo, confundimos nuestra conciencia con nuestros sentimientos, nuestros gustos o nuestras opiniones. Incluso podemos trabajar en racionalizar nuestras agendas privadas o deseos en un intento de hacer que nuestra conciencia piense que algo está realmente bien cuando sabemos desde el principio que no lo está.

Calvino también vio esta tendencia. Como un pastor, era extraordinario en su conocimiento sobre el comportamiento humano; sabía muy bien cómo las personas tratan de manipular su propia conciencia, aun así estaba sorprendido:

La mayoría de las personas, habiendo aprendido que una cosa es desagradable a Dios, sin embargo, se dan a sí mismos permiso para ir en busca de su defensa. . . Las personas que están bastante convencidas en su conciencia de que está mal inclinarse ante los ídolos [seguirán] indagando y consultando acerca de lo que

deben hacer, no para reducir sus afectos a Dios sometiéndose a su palabra, sino para que puedan tener vía libre y, teniendo una respuesta a su gusto, poder halagarse a sí mismos lo suficiente como para permanecer en su maldad. En resumen, como dice Ezequiel, que están buscando cojines para poner su conciencia para dormir.⁷

Calvino sólo conocía un antídoto: una conciencia distorsionada y una conciencia débil debían exponerse a las claras enseñanzas de la Palabra de Dios.

Para Calvino, eso significaba no sólo las bendiciones felices y las promesas del Evangelio, sino también los preceptos de la ley de Dios. Una de las primeras controversias de Calvino en Ginebra surgió en 1537 cuando se requería de los/as residentes jurar lealtad a la Confesión de Ginebra, que también ha supuesto una afirmación del Decálogo. A pesar de que la Confesión afirma claramente que la observación de la ley divina es imposible, que la ley nos conduce a buscar la justicia de Cristo, muchos se resistieron. Un disidente profesaba disposición a jurar a los “artículos de la reforma”, pero no a los Diez Mandamientos, «porque,» se disculpó, «son difíciles de mantener.»⁸

Cuando Calvin volvió a Ginebra en 1541 (después de haber sido despedido en 1538), se dejó a un lado el requerimiento de un juramento. Lo que tomó su lugar era el consistorio -un panel de pastores que constituía un «servicio de orientación obligatoria» y que fueron los primeros en responder a los informes de prácticas religiosas supersticiosas (a menudo el residuo del pasado católico romano de alguien) o al mal comportamiento de cualquier tipo, incluyendo los conflictos maritales.⁹

Entre los observadores de hoy, las acciones del consistorio de Ginebra generan fuertes opiniones: algunos ven el consistorio como intrusivo, opresivo y teocrático; otros lo caracterizan a menudo como una gentil y perspicaz intervención que trabajó hacia la reconciliación y restauración entre vecinos y buscaba proteger los matrimonios, cónyuges e hijos.¹⁰

Pero el punto más grande de Calvino es que el Evangelio estaba destinado a efectuar no solamente una confesión desnuda de la fe, sino también la transformación de la vida. Perseguir el noble objetivo de la edificación en general significaba cultivar «sobrio temor de Dios, sincera piedad y santidad genuina de la moral», y con ese fin, la conciencia no sólo necesita ser liberada de las falsas creencias sobre el logro de la justicia por las obras, sino también ser guiada en su crecimiento por la Palabra de Dios.¹¹

Una vez más, no hacemos esto bien. Cuando los pecadores actúan como pecadores (como lo hacemos a menudo), ¿con qué frecuencia nos enfrentamos con el conflicto resultante evitándolo? Aunque Hebreos 10,23-34 nos insta no sólo a que «mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza,» sino también que «considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras,» somos lentos para desafiarnos y exhortarnos unos a otros, para que no seamos vistos como legalistas.

7. Juan Calvino, “A Short Treatise Setting Forth What the Faithful Man Must Do When He Is among Papists and He Knows the Truth of the Gospel” (1543), en *Come Out From Among Them: “Anti-Nicodemite” Writings of John Calvin*, traduc. Seth Skolnitsky (Dallas: Protestant Heritage, 2001), 47–48 (ligeramente modificada).
8. La anécdota es reportada por Amadée Roget, *Histoire du peuple du Genève*, 7 vols. (Geneva, 1870-87), 1:43n.
9. «Servicio de orientación compulsoria» parece ser la acuñación de Robert M. Kingdon; véase, por ejemplo, *Adultery and Divorce in Calvin’s Geneva* (Cambridge: Harvard University Press, 1994), 4; y posiblemente antes como “Calvin and the Family: The Work of the Consistory of Geneva,” *Pacific Theological Review* 17 (1984):5-18.
10. Jeffrey R. Watt, “Reconciliation and the Confession of Sins: The Evidence from the Consistory in Calvin’s Geneva,” in *Calvin and Luther: The Continuing Relationship*, ed. R. Ward Holder (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013), 105–120.
11. Vea “John Calvin: Catechism 1538,” trans. Ford Lewis Battles, in I. John Hesselink, *Calvin’s First Catechism: A Commentary* (Louisville: Westminster John Knox, 1997), 7. Texto original en COR 3/2:119.12–15.

Hay una triste ironía aquí, que los herederos de Calvino deben considerar cualquier invocación de la ley de Dios como equivalente al legalismo, cuando todos sabemos que estamos en constante anhelo de mejores leyes seculares para restringir todo tipo de maldad humana, ¡ya sea avaricia corporativa o el tráfico de personas! De hecho, la tradición reformada era conocida por ensalzar la ley como una inmensa bendición en la vida de los cristianos, sobre todo en lo que llegó a ser llamado el “tercer uso”, mediante el cual el carácter de Dios se revela.

Una de las “primeras frases” para la adoración de la mañana en nuestro *Libro Común de Adoración* establece que Dios es «el origen, guía y meta de todo lo que es» (sobre la base de Romanos 11,36). Calvino creía que a la medida en que la ley revela la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios, la ley también apunta al carácter y virtud que Dios quiere que encarnemos y vivamos en comunidad. Cuando meditamos en la ley de Dios como parte de la Palabra de Dios, entonces, muchas cosas pasan a través de nuestra formación espiritual, pero una de esas cosas es la siguiente: corregimos y calibramos nuestra conciencia de acuerdo con la única y verdadera norma que gobierna sobre la misma.

Calvino tenía otras estrategias para formar y reformar la conciencia. Uno de estos medios fue el catecismo, que se ofrecía como un servicio independiente en Ginebra todos los domingos y no sólo para la niñez. A veces, el consistorio daría instrucciones a los/as adultos/as a asistir, en el entendimiento de que una mejor comprensión de las creencias y los principios cristianos ayudarían a un/a feligrés que erra a ver el panorama más amplio de cómo y por qué debe amar a Dios y al prójimo con una mayor conciencia de sí mismo/a.

En mi opinión, una de las mejores oportunidades para restablecer y volver a calibrar mi conciencia viene en la confesión colectiva en el Día del Señor—ese momento cada domingo, cuando estamos unidos en la oración y decimos la verdad sobre dos realidades cósmicas que enmarcan nuestras vidas. En primer lugar, decimos la verdad sobre quién es Dios como nuestro creador, juez, y redentor. Entonces, decimos la verdad sobre lo que somos, incluyend—una vez más—quiénes hemos fallado en ser. Nuestras conciencias necesitan esta gracia y corrección, cada semana, si no todos los días.

Sin embargo, me preocupa que tales lecciones se perderán si no nos involucramos los unos a otros en mayor profundidad sobre el tema de la conciencia. Necesitamos cultivar la práctica de escuchar a nuestra conciencia e investigar si está bien afinada o no—si está demasiado sensitiva, o simplemente apagada. La mayoría de las personas, espero, saben algo de la voz de la conciencia, ya sea que la identifiquen como tal o no. Menos personas, pienso, han notado o incluso considerado que las conciencias necesitan corrección. He tenido la suerte de experimentar tal corrección en mi matrimonio. A veces mi «conciencia» ha sido demasiado indulgente o autocomplaciente, lo que a veces ha significado que era más rápido en justificar mi cólera que quienes estaban cerca viéndome. «Enójense, pero no pequen»—buenas palabras para volver a calibrar la conciencia. En otras ocasiones, he agonizado sobre si he ofendido a alguien por algo que dije y soy incapaz de dejar de pensar en ello. Mi esposa ha sido de gran valor como directora espiritual en estos momentos, ayudándome seguir una cierta sabiduría eclesiástica dejando mi conciencia a un lado en sumisión a la Palabra de Dios y en un sano razonamiento basado en la Palabra de Dios. Juntos, también tratamos de transmitir un entendimiento del importante, pero penúltimo significado de conciencia con nuestros hijos, a veces usando las historias a la hora de acostarse o las oraciones antes de dormir como un espacio de reflexión sobre la importancia de una buena (y calibrada) conciencia. Pero, aun así, me preocupa que nosotros/as los/as presbiterianos/as adultos/as podamos pensar que ya estamos muy grandes para estas lecciones elementales.

«LA CONCIENCIA» no es un órgano que una resonancia magnética pueda localizar. Más bien, la conciencia identifica un elemento que es esencial para la persona humana, sin embargo, también uno que está sujeto a la formación, la deformación, y reforma. Es fácil confundir la conciencia con todo tipo de sensaciones fuertes, las preferencias, esperanzas y agendas privadas. La conciencia es una guía, pero también necesita una guía. El interrogador de Lutero en la Dieta de Worms tenía razón, en principio, para exhortarle a considerar poner su conciencia a un lado en favor de una mayor autoridad. Dónde Lutero difería crucialmente, era en cuanto a la pregunta de qué o quién era esa mayor autoridad.

De todos modos, el 2017 no es el 1517. Donde Lutero estaba seguro de que la Palabra de Dios era clara con respecto a la naturaleza de la justificación y la autoridad previa de la Escritura sobre la iglesia, concilio, o el papa; nosotros/as a menudo tenemos dificultades para ver la Palabra de Dios tan clara en temas que nos rodean hoy en día. Algunas de nuestras recientes divisiones más dolorosas han sido sobre si la Escritura es clara o no en ciertos temas. Este breve ensayo no puede resolver los problemas de interpretación bíblica. Pero sin duda puede decirse aquí que es incorrecto extrapolar a partir de cualquier texto o de un problema que no es claro con el fin de descartar la autoridad de la Escritura por completo.

A veces nuestra perplejidad sobre la Biblia surge por muy buenas razones, pero a veces no. Somos tan capaces de buscar «cojines para nuestra conciencia» como los cristianos estaban en el tiempo de Calvino—y esto tenemos que resistir por encima de todo. A tal fin, constantemente me pregunto al leer las Escrituras, «¿puede la Biblia decirme algo que no quiero saber?» Porque si la respuesta es no, es muy probable que no estamos siendo guiados/as por Dios ni por la Palabra de Dios, ni siquiera por una conciencia de funcionamiento decente—y estamos desesperadamente necesitados/as de corrección. Tal vez a estas alturas es obvio que tengo mis propias fuertes opiniones sobre lo que enseña la Palabra de Dios, así como acerca de lo que la naturaleza y la conciencia confirman. Pero también sé esto: no soy la Palabra de Dios.

Por mucho que me pueda preocupar de que nuestra denominación se ha apartado en puntos de la «clara enseñanza de la Biblia,» todavía hay espacio para la causa común en el corazón de nuestra iglesia. El estado de nuestro discurso y el estado espiritual de nuestras congregaciones me sugiere que compartimos esta tarea en común: hay que promover y disminuir el nivel de la conciencia.

Tenemos que disminuir el nivel de la conciencia cuando se está actuando de manera fraudulenta, con nuestros sentimientos o las agendas de nuestros propios intereses que pretenden hablar como conciencia cuando, de hecho—hemos usado nuestra conciencia como ficha de tranque con el fin de utilizarla sólo de nombre, como nuestro tribunal Supremo personal, para rehusarnos a comprometernos.

Por otra parte, es necesario promover la conciencia calibrada en lo que podamos—por el catecismo, por la confesión sincera, el compromiso genuino entre cada uno/a en la misión, mediante la proclamación y por la eclesiología—hablando la verdad en amor. Como exclamó Lutero, «Nunca es seguro ni correcto ir contra la conciencia,» pero sólo si nuestra conciencia está verdaderamente «cautiva por la Palabra de Dios.»¹² Así que, por supuesto, ¡estad firmes! Pero en primer lugar compruebe su exégesis y vea si su conciencia está en sí en necesidad de corrección: porque si los papas y concilios han errado, también lo han hecho los presbiterios y Presbiterianos/as. Que Dios nos ayude. Amén.

12. LW 32: 112-113.

Buscando una Conciencia Corregible

Introducción a la Conversación: Preguntas de Discusión

Michelle Bartel

1. En la primera sección, Thompson plantea el asunto de lo que es la autoridad más segura de conciencia. Lutero pensó que era la Palabra de Dios. Los líderes de la iglesia pensaron que era la iglesia misma. ¿Qué piensas acerca de su conciencia? ¿Es la Palabra de Dios la autoridad sobre tu conciencia? ¿Es lo que la Iglesia Presbiteriana (EEUU) dice? ¿Es su cultura familiar, o su partido político, o su parte del pueblo? ¿Cuál es la *verdadera* autoridad sobre su conciencia, y cuál piensa usted debería ser—o quiere que sea—la autoridad sobre su conciencia?
2. Leemos en esta pieza que la conciencia «puede tropezar (1) por un razonamiento defectuoso, (2) por una voluntad que es impulsiva o débil, o (3) por otras afecciones o deseos en competencia» Puede usted crear una historia acerca de un incidente—por ejemplo, alguien que camina a media calle por delante de usted y deja caer su billetera llena de dinero en efectivo, pero no se percata—que ilustre cada uno de estos tres tropiezos de la conciencia? Después de que usted piense acerca de esa historia, ¿qué podría usted ofrecer como un/a Cristiano/a Presbiteriano/a para corregir esa conciencia en lucha?
3. Thompson sugiere que cultivemos la práctica de escuchar a nuestra conciencia y explorar la misma. ¿Cómo suena la «voz» de su conciencia? Si usted fuese a desarrollar una práctica espiritual Cristiana que le brinde tiempo para pasar con su conciencia, ¿cómo se vería esa práctica?
4. ¿Cuáles son las formas de desarrollar la práctica de escuchar la voz de la conciencia que suene como las buenas nuevas de la gracia de Dios en Jesucristo?
5. «Sólo Dios es el Señor de la conciencia, y la ha dejado libre de doctrinas y mandamientos humanos que, en alguna forma sean contrarias a su Palabra o pretendan estar por encima de ella en asuntos de fe y de adoración.» Este es uno de nuestros principios fundamentales de gobierno de la iglesia de acuerdo con nuestro Libro de Orden (F-3.0101). A partir de las sugerencias de este escrito, ¿cuáles son las formas concretas en que podemos abrirnos a al Señorío de Dios cuando se trata de la conciencia? Considere maneras en que podríamos hacer esto en la práctica y adoración individual, así como en nuestra vida juntos como comunidades de adoración.